

Alejandro Vicuña

LA MUERTE DEL MAGNIFICO (1)



LOS bronces de Florencia llaman con lúgubres tañidos a los habitantes de la ciudad, invitándoles a rezar por la salud del Tirano que agoniza.

Nada ha sido capaz de vencer la enfermedad, ni la ciencia de Pier Leone de Spoleto y de Lazzaro de Pavía, las primeras eminencias médicas de Italia, ni la pócima fantástica en que han diluído perlas y piedras preciosas y que ofrecen al moribundo como suprema tentativa de salvación. Lorenzo el magnífico se muere sin remedio, entre las grandezas y obras de arte de su villa de Careggi.

Con estoicismo admirable, digno de un príncipe florentino del Renacimiento, Lorenzo resuelve sus postremos negocios temporales.

Hace llamar a la cabecera de su lecho a su hijo Pedro, y según refiere Poliziano, testigo ocular, le habla en estos términos: «No dudo que tú te harás cargo

(1) De el libro «Savonarola» de próxima publicación.

« de la Autoridad del Estado de que yo he gozado hasta
« ahora. Aunque la República forma un solo cuerpo,
« hay en ella muchas cabezas, de modo que no debes
« ilusionarte con alcanzar la aprobación de todos. Sigue
« en toda ocasión una conducta integérrima y consulta
« siempre los intereses de la comunidad antes que los
« intereses particulares».

Aunque las malas costumbres y torpes manejos del Tirano lo han mantenido alejado de las prácticas religiosas, nunca la fe cristiana se ha extinguido en su espíritu, conservándose incólume la creencia en los dogmas y sacramentos de la Iglesia. Al expirar, quiere, pues, recibir los auxilios y consuelos postreros de la Religión.

Un hombre vulgar habría hecho llamar hasta su cabecera de moribundo a alguno de los ministros de Dios, que hubieran sido afectuosos en vida y complacientes con él. Lorenzo, espíritu superior, pide que lo auxilie el único hombre que lo ha resistido y hasta despreciado: Savonarola.

Acude el Prior de San Marcos a la villa de Careggi. Atraviesa con desdén los salones llenos de cortesanos, compungidos ante la posible pérdida de su situación; echa una mirada de odio sobre las obras de arte renacentistas diseminadas en aposentos y galerías y se aboca finalmente con Lorenzo el Magnífico en el último trance.

Llegado Jerónimo al lugar, dice Burlamacchi, e in-

troducido en la cámara de Lorenzo, lo saludó primeramente con la debida ceremonia, y luego, después de alguna conversación, dijo Lorenzo:—Padre, yo me querría confesar, pero tres pecados me arredran y casi me arrojan en la desesperación.

—¿Y cuáles son estos pecados? interrogó Jerónimo.

—Son los siguientes, responde Lorenzo, y yo ignoro si Dios me los perdonará. El primero es el saqueo de Volterra, donde muchas doncellas perdieron su virginidad y se cometieron innumerables excesos. El segundo pecado se refiere a la administración de ciertos fondos para dotar jóvenes pobres, de las cuales muchas se perdieron por no haber recibido sus dotes. El tercer pecado es el asesinato de los Pazzi, donde cayeron muchos inocentes.

—Lorenzo, replicó Jerónimo, no os desesperéis, porque Dios es misericordioso, y El os hará misericordia, si le hacéis las tres promesas que os formularé.

—¿Y cuáles serían esas promesas? insistió el moribundo.

—Es la primera, dijo el Confesor, que abriguéis una fe viva y firme de que Dios puede y quiere perdonaros.

—La tengo y muy grande, balbuceó el enfermo.

—Es necesario además, añadió Jerónimo, que toda cosa mal adquirida sea devuelta, en cuanto sea posible, dejando sólo a vuestros hijos una herencia suficiente para vivir como ciudadanos privados.

—También lo haré, dijo Lorenzo

—Es necesáirse, por último, terminó Savonarola, que se restituya a Florencia la libertad y su constitución republicana.

El Tirano miró al Fraile, reunió las últimas fuerzas físicas que le restaban, y sin decir una palabra, se volvió en el lecho y le dió las espaldas.

Jerónimo salió de la habitación, y quedó Lorenzo a solas con Dios y su conciencia.

Poliziano, amigo íntimo de Lorenzo, complementa el cuadro anterior, trazado por Burlamacchi, asegurando que en el momento supremo acercó el Tirano a sus labios un crucifijo ricamente cincelado, y en esa obra de arte de amor divino y humano imprimió un beso que arrastró consigo el último suspiro.

La imprudencia e inoportunidad de Jerónimo casi arrojan a Lorenzo en el abismo de la desesperación, salvándolo únicamente la solidez de su fe en los méritos infinitos de Cristo crucificado.

Savonarola, frente al cadalso, habría rehusado imprimir un beso en un Cristo finamente cincelado: hasta ese extremo lo habría arrastrado su horror al arte del Renacimiento.

Lorenzo el Magnífico, posiblemente no se hubiera movido al arrepentimiento ante una tosca cruz del tiempo medioeval: hasta ese punto lo llevaba su veneración por el arte y el buen gusto. ¡Cosas de Savonarola! ¡Cosas de Lorenzo! Extravíos del culto por las exte-

rioridades y de la ausencia de verdadera vida interior.

Basta para el creyente y hombre de sentimientos refinados que llegue a sus labios en el postrer momento la imagen que le acompañó siempre, el pequeño crucifijo de la infancia, testigo y confidente, forjado con lágrimas quemantes en la fragua de las penas y ansiedades diarias, y cincelado por las manos crispadas por el dolor y la angustia, o con mordientes besos de imploración y amor.

La muerte de Lorenzo va a tener consecuencias decisivas en el porvenir de la Italia y fijará rumbos definitivos a las actuaciones de Savonarola.

El talento y prudencia de aquel príncipe, muerto prematuramente—tenía sólo cuarenta y cuatro años—eran prenda segura de paz en la península y de buen gobierno para muchos príncipes italianos, que de él recibían inspiración y consejos. Su palabra era respetada hasta por sus enemigos. Fernando de Nápoles, al recibir la noticia de su muerte, condensó en una frase el juicio general sobre Lorenzo: «Este hombre había vivido bastante para su gloria, pero poco para la Italia».

El gobierno de Florencia cae en manos de Pedro, hijo del Magnífico, joven violento y sin carácter, de temperamento irascible, e incapaz de guardar siquiera las buenas formas para disimular sus injusticias y arbitrariedades.

Savonarola ve llegado el momento de intervenir en

la cosa pública de Florencia, de satisfacer los ardientes deseos que abriga desde tiempo atrás, pero que no ha llevado a la ejecución por temor a la astucia y fría violencia del hombre que acaba de morir.

Desaparecido Lorenzo, y hallándose el poder público en manos de un joven de veintiún años, inexperto y de inteligencia mediocre, Jerónimo juzga viable realizar sus aspiraciones de soberanía temporal, después de haber implantado su soberanía espiritual sobre la ciudad.

Como proceden siempre los ambiciosos místicos, busca una consigna para justificar su intromisión en asuntos que no le competen: todo se llevará a cabo en nombre de Dios y para implantar el reinado de Jesucristo.

Florencia, a la muerte de Lorenzo, siente el alivio de haber sacudido un yugo ignominioso, pero al mismo tiempo el dolor de haber perdido a quien le diera gloria y prosperidad. Con Pedro a la cabeza del Gobierno, sólo experimenta la repugnancia contra el Tirano, sin ningún sentimiento favorable que neutralice la aversión hacia el sucesor de Lorenzo.

Por otra parte, la falta de tino del nuevo Duque le resta cada día un amigo y le crea un nuevo enemigo. Los viejos partidarios de la República, los desterrados y perseguidos por el Tirano Lorenzo se dan pronto la mano con los lacayos de la Casa reinante, quienes van perdiendo poco a poco el afecto por el nuevo príncipe subido al Gobierno.

Se acerca la tormenta, que aventará la influencia de los Médicis en tierra florentina, y que erigirá a Savonarola en árbitro de la situación.

La muerte de Inocencio VIII y la ascensión al Pontificado de Rodrigo Borja, Alejandro VI, son nuevos factores de desconcierto en Italia, y sobre todo, en el seno de la Iglesia.

Aunque débil y nepotista, no era Inocencio un motivo de escándalo y tejedor de intrigas, como había de serlo su sucesor, Alejandro VI. Esta situación de quebranto en el gobierno de la Iglesia dará nuevas alas al espíritu intolerante y avasallador de Savonarola.

El Adviento ⁽¹⁾ de ese año, 1492, fecundo en tantos acontecimientos de trascendencia política y religiosa, fué predicado por Jerónimo en la Iglesia de San Marcos. Como de costumbre, enorme afluencia de público llenó las naves del templo.

Obsesionado el Predicador por la idea de la reforma de la Iglesia y la inminencia de los castigos para Italia, desarrolló en sus oraciones dicho tema, aterrorizando a su auditorio con nuevas profecías y visiones.

La frase *Gladius domini super terram cito et velociter* ⁽²⁾, habría sido vista por él sobre una mano fantástica, que sustentaba una espada, la

(1) Período de tiempo que precede a la fiesta de la Navidad del Señor.

(2) La espada del Señor sobre la tierra, pronto, sin demora.

cual pronto caería sobre la tierra, convulsionada entre rayos y relámpagos, esparciendo simultáneamente la guerra, el hambre y la peste entre los hombres despavoridos.

La visión anterior complementaba otra tenida meses atrás por el mismo Jerónimo: las dos cruces. Negra y siniestra había visto alzarse una cruz sobre la ciudad de Roma, junto a la cual brillaba la siguiente inscripción: *Cru x i r a e d e i* (1). Rudo contraste con el pa- voroso signo que coronaba la sede del Pontificado hacía otra cruz, blanca y esplendorosa, que con la leyenda *Cru x m i s e r i c o r d i a e D e i* (2) protegía a la ciudad de Jerusalén.

Tanta conmoción y revuelo espiritual produjeron entre los florentinos las visiones y amenazas de Jerónimo, que pensaron los religiosos franciscanos aprovechar esa situación psicológica para destacar en otro púlpito de la ciudad a alguno de sus frailes, y ganar así para la Orden algo de la gloria y renombre que Jerónimo obtenía para la suya. Desde la Cátedra de Santa María dei Fiori, Fray Domenico Ponzio, franciscano, se dedicó a insistir sobre los castigos inminentes para Italia y la Iglesia, a causa de la maldad reinante y corrupción de las costumbres.

No se hizo esperar el resultado de esta competencia de púlpitos: desórdenes y aumento de confusión.

(1) Cruz de la ira de Dios.

(2) Cruz de la misericordia de Dios.

Pedro de Médicis, poco aficionado a las visiones y profecías, o atemorizado tal vez por ellas, ordenó a los dos frailes la suspensión inmediata de sus predicaciones, o por lo menos, el cambio de rumbo, bajo pena de ser expulsados de la ciudad.

Los dos oradores prefirieron callar.

Así terminó ese Adviento, en que Savonarola, so pretexto de explicar el pasaje bíblico del Arca de Noé, se refirió a mayor número de hechos y anuncios que las especies animales ingresadas en el arca del Diluvio.

Parece que Jerónimo tomó muy en cuenta las amenazas de Pedro, pues no sólo calló momentáneamente, sino que al año siguiente (1493) rehusó predicar la Cuaresma en Florencia, habiendo aceptado de antemano el ofrecimiento hecho desde Bolonia para que ocupase un púlpito de esa ciudad.

Cambiando de sitio y ambiente, no renunció el orador a sus ideas y modalidades.

Aunque al iniciar sus predicaciones ante el pueblo boloñés guardó mayor moderación en los términos y conceptos, concretándose al tema escriturístico que desarrollaba, poco a poco fué abordando el tema político y social, hasta producir en sus oyentes el mismo interés y apasionamiento despertado en Florencia.

Circunstancia inesperada casi hace terminar trágicamente la Cuaresma de Bolonia.

Atraída por la curiosidad, la mujer de Bentivoglio, Tiranuelo de la Ciudad, ha acudido a las predicacio-

nes de Jerónimo, rodeada de fastuosa corte y ricamente ataviada. Seguramente por llamar la atención o hacer sentir en forma torpe la superioridad de su condición, llega día a día a la reunión cuando el predicador ha dado ya comienzo a su sermón, perturbando a Jerónimo y al público que asiste.

Es preciso haber sido víctima de tamaña majadería para explicarse la molestia de Savonarola y el atrevido paso que se resolvió a dar.

No obstante repetidas advertencias, hechas llegar discretamente a la dama sobre lo incorrecto de su proceder, se ha obstinado ella en hacer su entrada espectacular a la Iglesia, mientras predica Jerónimo y en fervoroso recogimiento el pueblo de Bolonia escucha su palabra.

No se necesita más para hacer perder la paciencia al impetuoso orador.

Como de costumbre, la mujer del Tiranuelo penetra cierto día al templo, y atraviesa entre la concurrencia con la inoportunidad acostumbrada, creyendo despertar la admiración general. Jerónimo interrumpe su predicción, y señalando a la impertinente, exclama: «Mirad, hermanos, he ahí al demonio que viene a perturbar la palabra de Dios».

Relucen las espadas en el recinto sagrado, y dos gentiles-hombres de la Princesa avanzan hacia el púlpito para castigar al insolente. Dice la crónica dominicana que una fuerza invisible les impidió ejecutar su cometido.

A otros dos sicarios, enviados más tarde por la Bentivoglio para dar muerte a Jerónimo en su propia celda del Convento logra dominarlos Savonarola, hasta el punto de arrojarse aquéllos a sus plantas e implorar entre lágrimas el perdón de sus malas intenciones.

Envalentonado Jerónimo por la forma como había burlado las iras de su poderosa enemiga, el último día de predicación dirigió desde el púlpito el siguiente desafío a sus perseguidores: «Partiré esta tarde para Florencia, sin más compañía que mi bordón de peregrino y una botella de madera. Alojare en Pianora. Si alguien quiere arreglar algunas cuentas conmigo, que venga antes de mi partida. Por otra parte, yo no moriré en Bolonia, sino en otro lugar».

Y sin mayores advertencias o preparativos, ese mismo día emprendió viaje de regreso a su querido Convento de San Marcos, marchando a pie, según su costumbre, y no procurándose otro descanso o alimento que el indispensable para no desfallecer durante el viaje.

Cualquiera pensaría que estos disturbios en la vida de Jerónimo absorbían su atención y actividades, haciéndolo postergar el cumplimiento de los graves deberes anexos a su cargo de Superior del Convento de San Marcos; pero la admiración del observador por el dinamismo de Savonarola sube de punto al considerar la energía y caridad que le resta para dirigir a los religiosos de él dependientes.

El conocimiento personal de cada uno de ellos, de

sus modalidades e inclinaciones, le permite encaminarlos con tacto y oportunidad, cualidades de los grandes maestros espirituales.

Mientras se halla ausente de Florencia, él se comunica con sus religiosos por medio de frecuentes cartas, saturadas de caridad paternal y sinceridad de amigo. El consejo, la amonestación y la súplica brotan de sus labios o de su pluma con caracteres de tal desinterés personal y amor hacia sus gobernados que nadie es capaz de discutir y mucho menos de resistir sus órdenes. En San Marcos la obediencia de los religiosos es espontánea y llena de afecto por la autoridad que los gobierna. ⁽¹⁾

De regreso a su querido Convento, tras la accidentada Cuaresma de Bolonia, se dedica de modo especial a cultivar entre los suyos las virtudes propias de la vida religiosa. Empieza a poner en práctica su antiguo ideal de que los religiosos trabajen en artes útiles para ganarse la vida, e instituye con ese objeto escuelas de arquitectura, pintura, escultura y miniatura, donde se formen futuros artistas y artífices. Ellos darán más tarde al Convento honra y provecho con el ejercicio de esas pro-

(1) «Pienso constantemente en vuestro tierno afecto, escribe Jerónimo a sus frailes desde Bolonia, y hablo de ello a menudo con el hermano Basilio. Estamos muy solos aquí, como dos tórtolas que esperan la primavera para volver a los lugares cálidos, donde nos habíamos acostumbrado a vivir entre las flores y las gracias del Espíritu Santo».

fesiones. Realiza también otro de sus proyectos, estableciendo clases de lenguas orientales, para instruir a los religiosos y hacerlos aptos como misioneros en las tierras infieles.

Quiere que sus religiosos lleven traje de telas burdas, y él les da ejemplos, vistiéndose con hábitos toscos y raídos.

En cierta oportunidad llegan al Convento de San Marcos dos religiosos de Valleumbrosa, elegantemente vestidos, y sorprendiendo en Jerónimo una sonrisa maliciosa por las magníficas telas de sus hábitos, se adelantan los recién venidos a dar una explicación, diciéndole: «No os extrañéis de estas ricas telas; así las empleamos porque duran más tiempo.»—«Es una desgracia, replicó prontamente Jerónimo, que San Benito y San Gualberto no hubieran conocido ese secreto, pues se habrían vestido entonces como vosotros».

La estrictez y austeridad de vida implantados por Jerónimo, lejos de amedrentar a los posibles aspirantes a frailes, atraen gran número de valiosas vocaciones, subiendo hasta doscientos cincuenta la cantidad de religiosos, lo que hace necesaria la construcción de nuevos departamentos en San Marcos.

Para evitar el continuo cambio de personal en el Convento, y quizás con fines ulteriores, encaminados a favorecer sus futuras campañas políticas y religiosas, obtiene de Roma, con la ayuda de Pedro de Médicis, que se declare la autonomía completa de San Marcos,

desligándolo de la Provincia Lombarda, a que se hallaba incorporado. Así podrá realizar sus proyectos, sin que vengan a desviar su trayectoria de reformador un cambio intempestivo de residencia o imposiciones extrañas.

Con éxito obtiene que muchas casas de la Orden existentes en Toscana adhieran como filiales de San Marcos, y así ocho conventos de hombres y cinco o seis de mujeres quedan sujetos a la jurisdicción de Savonarola, que es aclamado Vicario por unanimidad, cargo en el que permanece hasta el momento de su muerte. Especial interés tiene Jerónimo en reformar la vida conventual de las religiosas, pues en su sentir, «las mujeres en los conventos eran peores que cortesanas».

La ciudadela espiritual de San Marcos, con su dotación disciplinada de frailes y el prestigio de su Jefe, se halla lista para iniciar la ofensiva contra la Ciudadela del Vaticano.

Un fraile sublevado, pero austero en su vida y costumbres, luchará contra un Pontífice, su autoridad Jerárquica, pero indigno de su investidura de Jefe de la Iglesia.

Roma y Florencia mantendrán un duelo, escándalo de la Cristiandad, que terminará con la muerte del rebelde honrado y el triunfo del principio de Autoridad.

Al medir sus armas Savonarola y Alejandro VI, el resultado de la contienda favorecerá al Pontífice Romano.

Tu es Petrus . . . Tú eres Pedro . . .